



OLVIDADOS

MATÍAS OMAR CÁCERES

# Sinopsis

¿Hasta dónde llegarías para recuperar a la única persona que tienes en todo el mundo?

La Tierra ha cambiado y ya nada es como antes. La raza humana está al borde de la extinción. Y en este mundo, Aren está dispuesto a recorrer los más lejanos confines para dar con su hermano menor, secuestrado por un ejército demoníaco. Sin embargo, Aren jamás imaginaría que sus travesía cambiaría mucho más de lo que él esperaba

# 1

## De fuego y luz

– ¡Aren, Aren, despierta! – exclama Deimus moviéndome despacio.

Abro los ojos y me encuentro con su rostro mirándome atentamente. La luz se filtra por el casi derrumbado techo de la habitación.

– Mgh... Estoy despierto, ¿qué quieres? – le respondo algo soñoliento todavía.

Mi hermano se aleja un momento para mirar por la destrozada ventana. Luego se vuelve hacia mí.

– No estoy seguro, pero creo que ya vienen para acá – susurra mientras sigue observando.

Me levanto rápidamente, salgo de la cama y me pongo mis improvisados zapatos de cuero. Si Deimus tiene razón pues debemos irnos cuanto antes. Si nos quedamos un minuto más correremos peligro.

– Entonces ayúdame a guardar las cosas. Nos vamos ahora mismo.

Agarramos un par de armas y provisiones y saltamos por la ventana hacia el caliente y sofocante exterior. Caemos al suelo y me doy la vuelta para contemplar por última vez la semi derrumbada estructura. De todos los sitios en los que nos hemos ocultado este ha sido el mejor sin duda alguna. El edificio parecía haber sido un hotel o algo así, sólo que ahora la mitad estaba hundida bajo tierra. Lo mejor era que la habitación en la que estábamos Deimus y yo tenía dos colchones en buen estado, sucios pero sanos. El lugar nos había provisto de descanso durante tres días. Aunque ahora debemos irnos sin importar si era un buen lugar o no para esconderse. Ellos ya nos localizaron.

Estamos muchísimo más que acostumbrados a vivir de este modo: huyendo como ratas, porque ahora ese es el único modo de vida que el mundo conoce. Sin embargo, lo peor es que hay muy pocos lugares en donde esconderse debido a que ya no queda casi nada del viejo mundo más que cenizas y escombros. Todo cambió desde que los demonios ascendieron y atacaron la Tierra; los ángeles bajaron del cielo e intentaron enfrentarlos. La batalla fue épica. Pero al final, los ángeles fueron derrotados y los demonios establecieron su poderío sobre este mundo. De esto ya han pasado más de cien años. Lo que mi hermano y yo sabemos sobre esa época

oscura lo hemos escuchado de nuestro abuelo. Cuando él murió, nosotros tuvimos que aprender a vivir y salir a enfrentarnos a la realidad.

Después de la Guerra del Apocalipsis, los demonios formaron la Legión del Tártaro, la cual se encarga de exterminar a los sobrevivientes humanos del cataclismo. Pero a quienes más buscan frenéticamente son a Deimus y a mí.

Mi hermano menor y yo no somos humanos. Nuestro padre era un ángel y nuestra madre una demonio. Por supuesto que su relación estaba mucha más que prohibida, así que tuvieron que huir juntos. Primero nació yo y tres años después nació Deimus. Mis padres, temiendo que nos encontrarían y asesinarían, nos dejaron al cargo de un humano que se ocultaba en un antiguo búnquer militar. Él nos crió y nosotros lo consideramos como nuestro abuelo a pesar de que no lo fuese. Sin embargo, los demonios descubrieron la relación de nuestros padres, los asesinaron y se percataron de que somos ouxidianos (que proviene de la palabra Ouxidius, que significa *hijo de fuego y luz* y hace alusión a los nacidos de la unión de un demonio con un ángel) y desde entonces no han parado de estar buscándonos. La Legión del Tártaro nos odia casi tanto como odian a los humanos. Sólo hubo tres ouxidianos en el mundo: el primero fue asesinado por su propio padre al nacer y los otros dos somos nosotros.

– ¿Dónde nos ocultaremos ahora, Aren? – pregunta mi hermano menor.

– No lo sé. Podríamos ir a las montañas del sur.

Deimus me mira con confusión y sorpresa.

– Pero, Aren. Dicen que allí hay un campamento secreto de humanos.

– Deimus, acéptalo. A estas alturas no creo que queden ni restos de ese campamento.

De cualquier modo, si hubiese humanos allí, pasaríamos desapercibidos, ya que somos físicamente igual a ellos. Nosotros no somos como los personajes sacados de libros para niños. Asemajamos mucho a la raza humana, sólo que la única diferencia es que Deimus y yo tenemos los ojos de color celeste con algunas notas de color rojo. Los ángeles y los demonios también parecen humanos y no tienen esas ridículas alas que la ficción sugiere. Lo que sí es diferente es que los primeros tienen ojos de un celeste incomparable y su piel irradia un brillo claro, mientras que en los segundos el color de ojos es de un rojo intenso y brillante, similar al de la sangre.

Caminamos sin parar por varias horas. Me pregunto si la legión ya habrá estado revisando la habitación en busca de pistas que los lleven hasta nosotros. Tal vez sí, tal vez no.

El sol está en su punto más alto pero aún con la cegante luz del día y el insoportable calor es peligroso transitar por los caminos. Puedes cruzarte con algún soldado de la legión, con algún caza cabezas humano o incluso con un euferiano, el fruto de la relación entre un demonio y un ser humano (su nombre deriva de la palabra Euferium, que quiere decir *hijo de fuego terrenal*). Ellos también buscan asesinarnos.

– Aren, si no encontramos dónde quedarnos ahora tendremos que pasar la noche a la intemperie, lo que no sería bueno.

– Sí, gracias por recordármelo – le respondo soltando un suspiro.

El cansancio se ve reflejado en el rostro de mi hermano menor. Yo también estoy agotado pero no podemos arriesgarnos a detenernos, sabiendo que alguien o algo nos pueden atacar. Tenemos un par de cuchillos, hachas y una lanza, pero no tendríamos oportunidad de defendernos velozmente si un demonio nos ataca con la guardia baja. Le doy unos golpecitos en la espalda a Deimus para indicarle que continúe.

El calor es abrazador. Cuando los demonios llegaron a la tierra se desató la peor sequía jamás vista en la historia de la humanidad. Los llamados mares son ahora charcos de agua con barro e incluso algunos se han convertido en vastas extensiones de tierra reseca. Las pocas fuentes de agua existentes son las subterráneas, pero aún así es muy difícil hallarla.

Pasamos cerca de lo que antes parece haber sido un puente. Y de entre la débil sombra proyectada por la edificación, sale un hombre armado con dos espadas. El tipo se abalanza sobre Deimus y sobre mí. Evado el ataque a tiempo, pero mi hermano no. El tipo cae sobre él. Lo aparto, pero no soy lo suficientemente rápido y entonces el hombre hiere mi brazo con la espada. Siento el contacto del acero con mi carne. Suelto un chillido y pateo la pierna del humano, luego golpeo su estómago y mientras se recupera le doy una patada a su mano izquierda, lo que hace que pierda una de las espadas. Deimus la toma y no lo duda ni un segundo: entierra la espada en el pecho del hombre. La sangre comienza a brotar, manchando su ropa. Grita un centenar de insultos hacia nosotros y después cae doblegado al suelo. Poco a poco su respiración se va deteniendo y finalmente cae boca abajo en la seca y dura tierra. No sentimos ninguna clase de remordimiento

por su reciente muerte debido a que no ha sido el primero ni el último a quien nos hemos tenido que enfrentar.

– ¿Estás bien? –pregunta Deimus acercándose. Entonces nota mi herida-. Aren, estás sangrando. Deja que te haga un vendaje.

–Estoy bien, no es nada–le digo sonriendo. Pero la verdad es que el corte ha sido profundo. Me muerdo el interior de la mejilla para callar los gemidos de dolor que quiero liberar.

Deimus se acerca e intenta mojar el corte con agua, pero yo lo aparto.

– ¿Estás loco? No desperdicies agua en mí. Deimus, sólo es sangre.

El frunce el ceño, pero aún así moja la sangrante hendidura. Después corta un trozo de su vestimenta y lo enrolla alrededor del brazo.

–Gracias–le digo. Él asiente y sonrío.

Antes de que otro lo haga, saco la espada del cuerpo del humano y la limpio. La meto en su vaina y me la cuelgo en la espalda. Deimus agarra la otra. Nos retiramos del lugar antes de que alguien más llegue.

El sol ha salido de su punto máximo y se ha deslizado hacia el oeste. El reciente ataque me ha dejado con algo de temor de que algo similar vuelva a ocurrir. Es por eso que a cada momento miro en todas las direcciones antes de dar otro paso. Por supuesto que no debo dejar que mis miedos me derroten, pero no quiero que nada malo le ocurra a Deimus. Él es lo único que me queda.

– ¿Aren? –me dice intentando captar mi atención.

– ¿Sí?

Deimus se da la vuelta para observarme.

– ¿Crees que algún día todo volverá a ser como el abuelo decía? Digo, que el mundo será devuelta lo que fue y eso.

Es obvio que él conoce la respuesta pero creo que quiere darse falsas esperanzas. El mundo de los humano jamás volverá a ser a como era antes. La época dorada de la Tierra ya no existe ni volverá a existir.

–No lo creo, Deimus. Y si eso pasa pues deberán pasar otros cientos de años como mínimo.

El rostro de mi hermano mantiene una expresión seria. Pronto la seriedad se transforma en preocupación y luego en consternación. A pesar de que él sabe que mis palabras son ciertas, se siente abatido de que tengamos que enfrentarnos a la verdad. Un sentimiento de empatía baja por mi garganta y me provoca un feo nudo amargo.

–Hey, quizá no debemos esperar tanto. Tal vez suceda en menos tiempo—le digo para consolarlo un poco. De nosotros dos, Deimus siempre ha sido el más sensible.

–Tal vez—contesta.

Después de horas de andar sin tener éxito en la búsqueda de un lugar para ocultarnos, vemos que a un par de kilómetros de nosotros hay un pequeño conjunto de edificios que sorprendentemente siguen en pie. Algunos amenazan con desplomarse al más mínimo contacto, mientras que otros sugieren seguridad y firmeza. En un par de horas más comenzará el crepúsculo, así que viendo que no tenemos mejor alternativa que esa nos comenzamos a mover rumbo hacia allí.

A medida que nos acercamos más, la cantidad de cadáveres humanos en estado de descomposición es mayor. El hedor es insoportable. Nuestro abuelo nos contaba historias que sus antepasados habían hecho transmitir por generaciones hasta llegar a nuestros oídos. Eran relatos que narraban lo que pasó durante la Guerra del Apocalipsis pero mis favoritos eran los que hablaban del esplendor de este mundo, del océano que en la lejanía parecía confluir con el cielo hasta el punto de que no sabías distinguir cuál era cual; de las praderas verdes que parecían no tener fin y las criaturas fantásticas que allí moraban; del perfume de las flores y de otras maravillas que nunca tendremos la oportunidad de presenciar. Todo eso ha sido bruscamente remplazado por ciudades desoladas y completamente en ruinas; vastas regiones áridas y secas; grupos de demonios atacando a los supervivientes; y lo peor de todo: el espantoso olor de la muerte en cada rincón de este podrido mundo.

De repente, sin algún motivo aparente, Deimus se detiene a pocos metros de la ciudad.

– ¿Deimus? Debemos continuar, sabes que no podemos estar expuestos y...

Él hace un gesto con la mano para que guarde silencio.

–Mira—dice casi en un susurro mientras su vista permanece fija en el grupo de edificaciones.

– ¿Qué? Yo no veo nada más que ruinas y humanos muertos. ¿Qué se supone que debo ver?

Entonces mantengo la vista fija igual que él para comprobar si así puedo ver lo que sea que él haya visto. Y lo capto. Corriendo velozmente entre los edificios. Parece ser una chica humana, o puede ser otra cosa ya que no puedo distinguir el color de sus ojos. Ella se detiene bruscamente y apunta con un arco cargado con una filosa flecha.

– ¡Atrévase a acercarse, bestias horripilantes! ¿Por qué no vuelven al maldito agujero del que salieron?

Deimus se lleva las manos a la boca y en respuesta grita:

– ¡No vamos a lastimarte, somos humanos!

¿Qué? Ha cometido el peor error de su vida.

– ¿Pero qué has hecho, Deimus?, ¿cómo vas a probarle que somos humanos?

–Tranquilo, Aren. Déjame a mí.

Sí, claro. La última vez que dejé las cosas en sus manos fue todo un desastre. Pero esto es diferente y diez mil veces más peligroso.

La chica baja el arco y vuelve a gritar.

– ¡Pruébenlo! Vengan aquí y si no son humanos una flecha atravesará sus cabezas antes de que tengan tiempo de siquiera parpadear.

Recorremos lo poco que nos quedaba hasta llegar. Sin embargo nos mantenemos a dos metros de la chica. Aunque aún así puede dispararnos y matarnos, pero ha sido cosa de Deimus el detenernos a esta distancia. Ella hace señas para que nos acerquemos. No sé cuáles serán las ideas de mi hermano, pero no hay alternativa más que seguir.

Cuando estamos lo suficientemente cerca, la chica examina nuestros rostros. Ella parece tener mi edad y sus ojos son grises. Su cabello castaño ondea con el viento, lo que hace que su actitud de guerrera se destaque aún más. Entonces, antes de que pueda decir algo, Deimus se abalanza sobre ella.

– ¡Aren, toma el arco! –exclama mientras forcejea con la humana. Apenas me acerco hacia el arma, ella derriba a mi hermano y recupera el arco. Ahora apunta hacia nosotros.



– ¿Qué fue eso, eh? Te falta mucho por aprender, niño.

Miro a Deimus con una clara expresión de *eres un idiota*. La chica parece tener la misma expresión. Entonces se aproxima hasta mi rostro, tanto que puedo oír claramente su respiración. Mira mis ojos y grita:

–Eres un Ouxidius, ¡tenemos un par de ouxidianos aquí!

Acto seguido, un grupo de humanos sale de detrás de los edificios y se agrupan en torno a nosotros. Se oyen murmullos como “¿enserio?”; “pero creí que los ouxidianos no existían”; o algún que otro “¿y qué se supone que haremos con ellos?” La chica deja de apuntar hacia nosotros y entrega el arco a un chico igual de joven que ella.

–Silencio. Sí, yo también creí que los ouxidianos no existían. Pero aquí tenemos la prueba de que eso no es cierto. Ahora bien, podríamos venderlos a algún caza cabezas o podríamos dejar que se queden. Ustedes deciden, póngalo a votación.

La gente estalla nuevamente en bullicio. Esta humana debe estar loca como para estar dejando nuestras vidas en manos de un grupo de flacuchos y locos humanos. Estoy a punto de decirle a Deimus que nos vamos, pero entonces varias personas nos reducen en el suelo y atan nuestras manos.

– ¡Hey, ¿qué hacen?! Suéltense, malditos humanos. No somos sus prisioneros.

La chica del arco se acuclilla en el suelo para mirarme.

–Pero ahora sí lo son–dice–. Buen trabajo, gente. Ahora, ¿ya tienen su decisión tomada?

Hubo varios que votaron por vendernos a un cazador, pero, por mayoría, ganó la decisión de que nos quedaríamos allí y seríamos sus rehenes.

–Gran idea, genio–le suelto a mi hermano.

–Perdón–responde él.

La gente camina a nuestro alrededor mientras somos llevados obligatoriamente a la ciudad en ruinas. Llegamos hasta el centro de la misma. Una vez allí nos hacen entrar a una gran edificación que en sus buenos tiempos fue blanca y ahora el polvo y los años la han despojado de su blancura; el edificio parece caerse pedazo a pedazo, pero aún consigue mantenerse en pie. Lo único positivo que rescato de esta situación es que al menos ahora podremos ocultarnos,

ya que la noche está por caer. Sin embargo, no sé si confiar demasiado en que este lugar puede ofrecer una buena seguridad.

La chica no ha parado de mirarme desde que me han capturado. De seguro está sorprendida de ver a un chico Ouxidius. Como sea, me pone incómodo el que esté observándome a cada instante.

Nos detenemos antes de entrar al edificio. La chica se aproxima adelante y sube las escaleras

–Ouxidianos, bienvenidos a La Fortaleza–anuncia, extendiendo sus brazos. Irónico nombre, porque de fuerte el lugar no tiene nada.

Entonces, cuando los últimos rayos de luz desaparecen, un ruido estridente comienza a rasgar el aire. Es como si algo gigantesco y metálico estuviese siendo empujado. Y, en efecto, noto que a mí alrededor aparecen unas murallas que deben tener al menos medio metro de espesor. Las colosales paredes se alzan hacia el cielo muy lentamente hasta detenerse a una altura aproximadamente de cincuenta metros de alto. Retiro lo que dije hace apenas unos segundos.

Después de entrar al edificio, el cual por dentro consta de un enorme salón con una escalera a la izquierda y adornado con una larga mesa y un conjunto de sillas, la humana nos cuenta que su nombre es Keira y que ella es la encargada del lugar. También nos revela que antes de ser atrapado por los demonios, el padre de su abuelo fue quien construyó los muros metálicos alrededor del derruido grupo de edificios. Su padre se había hecho cargo hasta el día de su muerte y luego fue ella quien tuvo que asumir la responsabilidad por la vida de las personas que allí residían.

Keira nos informa que por la elección de sus ciudadanos podemos quedarnos allí el tiempo que necesitemos. Pero no excedernos demasiado porque, si la Legión del Tártaro descubre que los ouxidianos más buscados se esconden en la única ciudad que ellos no pueden destruir aún, podría haber serias consecuencias devastadoras para todos nosotros.

–Bien, creo que es hora de que todos vayamos a descansar. Ah, pero deben dejar sus armas sobre la mesa–comenta la chica.

Le hacemos caso porque nos ha permitido quedarnos aquí a pesar de que podemos representar una amenaza para toda La Fortaleza. Aunque yo me reservo un par de cuchillos escondidos entre mis ropas, sólo como precaución.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

